

CAPÍTULO V

LA HACIENDA DE LAS PALMAS

Algunos grandes ríos como el río *Blanco*, el *Playa Vicente*, el *Coatzacoalcos* y el *Papaloapán* por no citar sino los principales de una inmensa red fluvial surcan el Estado de Vera-Cruz á corta distancia los unos de los otros. Fuera de éstos, las vertientes de la Sierra Madre dan nacimiento á numerosas corrientes de agua que costean ó que se juntan á estos ríos.

Libres como los caballos salvajes en la sabana, estos ríos y arroyos que ningún dique contiene en las planicies que riegan, lanzan olas apresuradas y rápidas sin ningún obstáculo: ya se sabe con qué violencia caen en los trópicos, las aguas del cielo en la estación que se llama la *estación de las lluvias*. Es el invierno en los países de América situados bajo estas latitudes. Comienza en junio y ordinariamente concluye en octubre. En esta época del año, las aguas engrosadas por las lluvias torrenciales de cada día ó más bien de cada noche, demasiado abundantes en lo de adelante para poderse contener dentro de sus lechos, salen de madre con furor y se desbordan por todas partes. Franqueando el espacio con la velocidad de un caballo de carrera, cual si fueran lanzadas por el soplo de un demonio, desbaratan

cuanto se opone á su paso, y por todas partes llevan el espanto y la desolación. ¡Desgraciados de los seres vivientes que no han podido huir ante ellas! Bien pronto, sin embargo, extendidas por un vasto terreno, se aplaca su furor, corren apaciblemente en todas direcciones y concluyen por reunirse en una sola sabana de agua. La parte de tierra inundada, no es desde entonces, sino un lago inmenso cubierto de despojos esparcidos y de cadáveres de animales de todos géneros. Su tranquila superficie presenta en lo de adelante el aspecto más extraño: aldeas aprisionadas entre las aguas sobre las cuales reinan; árboles medio sumergidos de que no se ve sino el follaje; y barcas empavesadas, bulliciosas, tumultuosas que compiten en valocidad ó en lujo llenas de muchachas coronadas de flores, que cantan al son de las mandolinas y de las arpas. ¡Feliz indiferencia de la juventud! Después de haber llevado por todas partes el terror y la muerte, la inundación concluye por convertirse en un objeto de placer!

El lugar destinado á la construcción de la hacienda de Las Palmas, había sido escogido en previsión de estas inundaciones; la planicie sobre que se levantaba, no tenía por un lado, límites perceptibles á la simple vista; es decir que se extendía casi á vista perdida en la dirección del este al oeste y en la de oeste al sur; pero del lado del norte se hallaba limitada por una cadena de colinas bastante elevadas. A sus pies extendíanse otras colinas más bajas en insensible inclinación hasta el nivel del suelo inferior. Haciendo desaparecer las desigualdades del terreno, se había hecho de la cima de estas colinas un anfiteatro más largo que ancho, dominado en toda su anchura por la cadena á cuyo pie se elevaba y dominando el mismo anfiteatro toda la planicie.

Adosada á las colinas, cuyas terrazas planas alcanzaban casi la mitad de la altura, aún el campanario cuadrangular excedía de su cresta, la hacienda de Las Palmas hallábase construida en uno de los extremos del anfiteatro; en la extremidad opuesta se habían levantado

vastas caballerizas y habitaciones espaciosas para los *peones* ó trabajadores de la hacienda, entre los cuales se hallan los *vaqueros*, y los criados especialmente destinados al servicio de los amos. Una alta y fuerte muralla afianzada con sólidos contrafuertes de piedras talladas, unía la hacienda á las dependencias y bordeaba el anfiteatro en todo lo largo de la planicie. Una puerta gruesa y maciza practicada en la mitad de este paredón, servía de entrada, á la cual se llegaba por una cuestecilla de suave inclinación guarnecida por una balaustrada de calicanto.

En esta posición, la hacienda de Las Palmas, así llamada por los grupos de palmeras de que estaba salpicada la llanura, se hallaba al abrigo de las inundaciones y formaba además, una especie de fortaleza casi inexpugnable.

Tenemos necesidad de regresar una vez más hacia atrás y de transportarnos, este mismo día, á la hora que precede á la caída del sol; es decir: á aquella en que el dragón y el estudiante se separaban en el camino y en que el negro Clara se encontró tan fatalmente transformado en cazador de tigres en campaña del Indio Costal.

La campana de la hacienda tocaba la oración de la tarde; y al repique del *Angelus* que daba la señal de la plegaria é indicaba el fin del trabajo diario, un movimiento inusitado se observaba en el llano y en el patio del vasto edificio de que era propietario el señor don Mariano Silva.

Con aquella rigurosa exactitud de los hombres que no quieren trabajar un minuto más del tiempo prescrito, los peones indios al primer campanazo, se dejaron caer como si súbita parálisis se hubiese apoderado de sus brazos, el uno con su piocha levantada, el otro con el largo aguijón para picar los bueyes, quienes acostumbrados también á los hábitos de sus conductores, se detuvieron de repente dejando temblorosa la reja del arado en el surco aún no concluído.

Los *vaqueros* corrían al galope hacia las caballerizas y

desensillaban sus caballos humeantes; los trabajadores entraban de todas partes; la campiña se vaciaba, las habitaciones de los jornaleros y las caballerizas se llenaban, en tanto que las amas extendían sobre las planchas calientes del *comal*, las *tortillas* ó galletas de maíz que reemplazan al pan, y preparaban la comida de la tarde; y los *vaqueros*, los *peones* y las amas de casa, mientras comenzaban ó terminaban sus trabajos, murmuraban todos, al sonido de la campana, las oraciones del *Angelus*.

El sol brillaba aún; y sus últimos rayos con que parecía incendiar la llanura, irradiaban sus dorados resplandores á través de los espesos barrotes y los rombros del verde enrejado de una ventana colocada en el primer piso de la hacienda. Un viajero que viniese del lado del oeste, habría podido ver, desde la llanura y en su caballo, temblar los pliegues de una cortina blanca, tras el enrejado.

Pero la llanura estaba desierta; nadie había á excepción de los *peones* retrasados: ningún viajero se veía entre la luminosa niebla que la envolvía.

Algunos minutos más tarde, en los momentos en que el sol descendiendo gradualmente cesó de iluminar los barrotes, la blanca cortina se apartó dejando penetrar una ola de luz al cuarto iluminado por aquella ventana enrejada casi á lo oriental. Por más que se hubiera enderezado sobre su silla el viajero que viniese del oeste, no habría podido contemplar el cuadro que ofrecía el interior de aquel cuarto.

Tres mujeres se hallaban allí en aquel momento. Dos de ellas eran hermanas á juzgar por el aire de familia más que por su parecido. Eran las hijas de don Mariano; la otra era la mujer encargada de servir las.

Se puede en Europa condenar la indolencia de las criollas de los países cálidos de la América; pero quien las ha visto; aquel que no sueña con la *rehabilitación* política de la mujer; quien piensa que la mujer fué hecha por Dios para dar descanso al hombre en sus tra-

bajos y no para participar de ellos; que el reposo, la calma, el retiro y un cierto *sensualismo* deben añadirse á su hermosura porque se armonizan con su naturaleza, éste digo, no sabría acusar á las criollas americanas de no pensar, de no ocuparse sino en ser bellas.

Las dos hijas de don Mariano Silva ofrecían en aquel instante, pero en grado diferente, un ejemplo de esa sensual indolencia que diríase prestada á los harenes del Oriente si no fuese por la castidad que la realza y la purifica.

Una de ellas, con las piernas cruzadas al estilo oriental, hallábase sentada sobre una alfombra de China; largos cabellos negros, pocos momentos antes arreglados en trenzas de que conservaban aún las profundas ondas, caían negligentemente formando como un velo que la cubría toda entera. La joven parecía abandonarlos maquinalmente en manos de su camarera.

¿Quién podría decir los cuidados diarios que una criolla española da á esa cabellera, jamás profanada por el hierro de las tijeras y que la primera infancia transmite intacta á su juventud? Mas sin embargo, en aquellos momentos, con la cabeza inclinada pensativamente, sin duda que la virgen pensaba poco en aquellos cabellos cuyas olas se esparcían por la alfombra y que el cepillo desparpajaba ó la mano reunía en manojos, permitiendo á la mirada ó escondiendo las líneas onduladas de su garganta, los albos contornos de sus hombros y una oreja que dijérase una de esas rosadas conchas que la mar arroja sobre las playas de Tehuantepec.

El dulce rostro que rodeaban los negros y relucientes bucles de esta cabellera, reunía todos los rasgos distintivos de la belleza criolla sin los defectos que á veces la deslucen; y su expresión fiera y tranquila á la vez, indicaba el entusiasmo ardiente que ocultan casi siempre esas apariencias de indolente serenidad.

La elegante finura de la raza española, se traslucía también en las manos blancas de forma casi ideal y en un primoroso pie de que las mexicanas y las mujeres de

la América del Sur, parecen tener el privilegio exclusivo, cualquiera que sea la clase á que pertenezcan. Un ligerísimo zapato de satín, encerraba este pie desnudo y encantador.

Esta joven era doña Gertrudis, la mayor de las dos hermanas. Aunque doña María, su hermana menor, no la cediese en nada, su belleza era de distinto género: coquetuela y sonriente, sus ojos vivos y brillantes contrastaban con la mirada lánguida y tranquila de su hermana mayor; y las impresiones debían resbalar con tanta facilidad sobre aquella superficie móvil, como debían penetrar profundamente á través de la rígida superficie de doña Gertrudis. Era ésta como los volcanes de su patria que se ocultan siempre bajo un manto de nieve.

En fin, por más que la mayor no contase sino diez y siete años y la menor apenas diez y seis, las dos habían adquirido ya ese desarrollo de la belleza femenina, á que el tiempo presta el encanto al alterar la armonía de las formas.

Mientras la cabellera de Gertrudis se abandonaba á los cuidados de la mujer que la rizaba, Marianita disponía en gracioso lazo, sobre su media de seda, las cintas de satín atadas al zapato que aprisionaba su precioso piecillo.

Los acontecimientos políticos habían estallado en medio de esta familia como entre tantas otras; pero con más probabilidades de provocar disentimientos de opinión, pues en la época en que principia esta narración, estaba proyectado un matrimonio entre doña Marianita y un joven español de los alrededores.

Antes de la revolución mexicana, el deseo más ardiente de una joven criolla, era desposarse con algún recién llegado de la madre patria; y sin embargo, Gertrudis había rehusado ese honor. Rechazado por ella, el pretendiente español la emprendió con Marianita, que se hallaba orgullosa de aceptarlo. ¿Por qué era Gertrudis una excepción de la regla general? La continuación de este relato lo dirá.

Digamos también que, á causa de la llegada de dos huéspedes que se esperaban en el transcurso de la tarde, se hacían á aquella hora los preparativos de la toilette. Estos dos huéspedes eran, el uno, el novio español y el otro, el capitán de los dragones de la reina don Rafael Tres Villas. El primero apenas tenía que atravesar á caballo dos leguas y llegaría de un instante á otro; este acababa de recorrer más de doscientas y aunque había anunciado con seguridad su llegada para aquel día, era razonable suponer que en tantos días de camino, un incidente cualquiera habría equivocado sus cálculos y retardado su llegada por un día. ¿Era esta la causa por la cual Gertrudis no había principiado su toilette cuando Marianita concluía la suya? ¿Era don Rafael el único hombre á cuyos ojos quería Gertrudis parecer bella? Todo se dirá á su tiempo.

Entre los cuidados diarios que las criollas prestan á su abundante cabellera, uno de los principales es el de esparcir sobre sus hombros las trenzas deshechas, á fin de que el aire vivificante pueda circular entre aquellas matas espesas, largo tiempo cautivadas por el peine. Cuando la mujer encargada de esta cotidiana tarea la hubo concluido, salió del cuarto dejando solas á las dos hermanas.

Hay ciertos objetos de conversación que las muchachas de todo país no tratan sino entre ellas en el santuario oculto.

Apenas la sirvienta hubo salido, cuando Marianita, que acababa de prender entre sus negras trenzas y la concha de su peine unas flores de granado de púrpura brillante, se lanzó hacia la ventana.

Sus ojos interrogaron el horizonte inmenso de la llanura. Mientras tanto, su hermana dejóse caer sobre un sillón de cuero; y sujetando sobre cada hombro, con la mano y gracias á un movimiento brusco de la cabeza, el flotante velo de sus cabellos, quedóse inmóvil y meditabunda.

— He mirado muy bien: la llanura está desierta —

exclamó Marianita — y no veo ni á don Fernando ni á don Rafael. Mi pobre Gertrudis, se me figura que he hecho gasto inútil en mi toilette. Dentro de media hora habrá caído el sol.

— Don Fernando vendrá — dijo Gertrudis con voz dulce y tranquila.

— Bien se ve en tu acento de calma que no esperas á tu novio como yo. ¿Y por qué no he de decir que sufro una impaciencia nerviosa que me hace desesperar de verle venir? ¡Tú no sabes lo que es eso, Gertrudis!

— En tu lugar, yo sentiría más tristeza que impaciencia.

— ¡Tristeza! ¡Oh no! Si don Fernando no viene esta tarde, él perderá el placer de verme con este vestido blanco que tanto le gusta y con estas flores en el pelo que me he puesto porque le agradan, porque por mi gusto, prefiero las flores blancas de mejorana. Pero yo he oído decir que la mujer no debe vivir sino en el sacrificio.

Y diciendo estas palabras, Marianita sonó sus dedos como castañuelas sin la menor muestra de melancolía, por el contrario, con la satisfacción de una conciencia tranquila.

Gertrudis no respondió nada; pero exhaló un suspiro, en tanto que la brisa fresca de la tarde hacía temblar las grandes ondas de sus cabellos y su desnudo piecillo balanceaba el zapato de satín negro.

— Es demasiado fastidiosa esta vida del campo — continuó Marianita. — La verdad es que el día es corto para peinarse, para dormir la siesta: pero en la tarde, dar oídos á la brisa de la noche, pasearse solas en los jardines, esto es triste, muy triste, en vez de cantar y de bailar en tertulia. Estamos aquí como las princesas cautivas de esa novela de caballería que principié el año pasado y que todavía no he concluido... ¡Ah! Distingo allá lejos en el horizonte una nubecita de polvo... En fin: ¡he allí un caballero! ¡Qué dicha!

— ¡ Un caballero ! — exclamó Gertrudis con vivacidad — ¿ de qué color es su caballo ?

— Su caballo es una mula. ¡ Ay ! ¡ No es un caballero andante ! Me parece haber oído decir que ya no los hay.

Gertrudis suspiró de nuevo.

— Ya lo distingo, es un padre, prosiguió Marianita. Eso es mejor que nada sobre todo si canta y toca tan bien la vihuela como aquel que pasó dos días en la hacienda. Viene al galope de su mula : buena seña. Pero no ; tiene la fisonomía triste y severa. ¡ Ah ! me ha visto porque hace un ademán con la mano. Iré á besársela inmediatamente... ¡ Tengo tiempo !

Y diciendo estas palabras, la joven y bella criolla, á quien su educación prescribía besar la mano del primer sacerdote que llegase, frunció mohinamente sus frescos labios, rojos como la flor del granado.

— Pero ven á verlo, Gertrudis ; ya está en la puerta de la hacienda.

— Tengo tiempo, como dices tú, Marianita ; pero dime, ¿ no ves á algún otro caballero ? ¿ Don Fernando... ? dijo Gertrudis como para engañarse ella misma engañando á su hermana.

— ¡ Ah, sí ! don Fernando... transformado por algún encantamiento en mozo de mulas que azota su recua como si disputase el premio de una carrera... Es todo cuanto veo. Vamos, ya viene aquí como el padre. ¿ Pero por qué galopan estas gentes ? Se diría que un vértigo los lanza.

El ruido de las puertas de la hacienda que se abrían y el tumulto que subía desde el patio hasta las muchachas, probaban que no solamente el padre sino hasta el muchacho muletero con sus mulas contra toda costumbre, recibían hospitalidad de don Mariano Silva.

El lector sabe, lo que ignoraban las dos hermanas, el grave peligro que amenazaba á los viajeros en la llanura.

Un movimiento más ruidoso aún, no tardó en hacerse en la hacienda. Las escaleras resonaban con el ruido de

los pasos de los criados que iban y venían precipitadamente y que las dos hermanas oyeron muy pronto retumbar en las terrazas, por encima de su cuarto.

— ¡ Jesús María ! ¿ Qué es esto ? — exclamó Marianita haciendo el signo de la cruz. ¿ Va á ser sitiada la hacienda ? ¿ Van á atacarnos los pícaros insurrectos del oeste ?

— ¿ Por qué llamar pícaros á hombres que combaten para ser libres y de quienes los mismos padres son los jefes ? — contestó Gertrudis con su voz armoniosa y suave.

— ¿ Por qué ? Porque son los enemigos de los españoles y la sangre de nuestras venas es la suya, porque, en fin, ¡ yo amo á un español ! — exclamó Marianita á quien esta palabra amar había encendido el fuego impetuoso de su sangre criolla.

— Tú crees amarle, Marianita — replicó dulcemente Gertrudis. Según mis ideas, el amor presenta síntomas que no encuentro en ti.

— Y aunque sea así ¿ qué importa si él me ama ! ¿ No soy yo el bien que le va á pertenecer ? ¿ Debo yo pensar de diferente modo que él ? — agregó la muchacha obedeciendo á esa voz de apasionada consagración que las mujeres de su país prodigan á quien las ama y que no conoce límites cuando ellas aman.

Las vibraciones súbitas y precipitadas de la campana de la hacienda tocando alarma, sobresaltaron á las dos hermanas y pusieron fin á esta conversación que amenazaba arrojar entre ellas los gérmenes funestos de las disensiones que engendran las guerras civiles y que rompen los más estrechos lazos de la sangre y de la amistad.

Cuando Marianita se disponía á salir para averiguar la causa de todo aquel tumulto, la camarera abrió la puerta, y sin esperar que la interrogasen :

— ¡ Ave María, señoritas ! — exclamó. ¡ La inundación llega ! ¡ Un vaquero acaba de avisar que las aguas están á tres ó cuatro leguas de aquí !

— ¡ La inundación ! — exclamaron las dos hermanas,

Marianita persignándose de nuevo y Gertrudis levantándose precipitadamente y haciendo un torzal de sus cabellos esparcidos que en vano trataba su mano trémula de fijar en la cabeza y en el cual rehusaban prenderse los dientes del peine.

— ¡Jesús, señorita! — dijo la camarera dirigiéndose á la última — cualquiera diría que Ud. quisiera lanzarse á la llanura á socorrer...

— ¡Don Rafael! ¡Tened piedad de él, Dios mío! exclamó Gertrudis aterrada.

— ¡Don Fernando! — exclamó temblando Marianita.

— El llano va á convertirse en un lago inmenso — dijo la sirvienta. — ¡Infeliz de aquellos á quienes la inundación sorprenda! Pero Ud. puede estar tranquila, doña Marianita: el vaquero que trajo la fatal noticia, fué enviado por don Fernando para avisar á nuestro amo don Mariano, que no vendrá sino hasta mañana en su canoa.

Y al decir estas palabras, la sirvienta salió.

— ¡En canoa! — exclamó Marianita pasando con la misma rapidez de la angustia á la alegría. De veras, Gertrudis; pasearemos en canoa por el llano y nos coronaremos de flores en nuestra barca empavesada.

Pero bien pronto Marianita se arrepintió de este acceso de frívolo egoísmo al ver á su hermana que, envuelta en su larga cabellera, que ya ella no se cuidaba de sujetar, se habia arrodillado como la virgen de los siete dolores y rogaba á los pies de una madona por la salvación de don Rafael.

Marianita comprendió entonces lo que hasta entonces no habia comprendido; y es que la mujer no ruega con tanto fervor sino por el hombre que ama. Se arrodilló al lado de su hermana y juntó sus oraciones á las suyas, en tanto que los lúgubres repiques de la campana continuaban enviando su siniestro aviso á los cuatro puntos del horizonte.

— ¡Oh, mi pobre Gertrudis! — exclamó Marianita apretando á su hermana tiernamente entre sus brazos.

Luego, sirviéndose de su cabellera para enjugar sus lágrimas: Perdóname no haber adivinado que mientras mi corazón se regocijaba, se hacía pedazos el tuyo. ¿Amas entonces á don Rafael?

— ¡Si él muere, yo moriré! ¡Eso es todo lo que sé! — replicó Gertrudis.

— Dios lo protegerá, ten la seguridad: ¡quizás le envíe á uno de sus mensajeros para salvarlo! — dijo Marianita en el entusiasmo de su fe sencilla.

Marianita mezcló algún tiempo aún sus palabras de consuelo á los sollozos de su hermana, sus oraciones á las suyas; y como la obscuridad no tardaría en hacerse:

— ¡Ponte en la ventana, mientras que yo rezo! — le dijo Gertrudis; — interroga á la llanura, que las lágrimas nublan mi vista.

Marianita obedeció; y Gertrudis volvió á arrodillarse ante la santa imagen.

Pero la neblina dorada de la llanura se tornaba en violeta pálido; y ningún caballero aparecía en el desierto horizonte.

— ¡El caballo que monta debe ser su bayo retinto! — dijo Gertrudis interrumpiendo sus fervientes oraciones. Don Rafael sabe cuánto quiero á este noble animal, su caballo de batalla en las guerras indias. Es ese el que él habrá querido montar para venir hacia mí; pues él sabe bien que con frecuencia he desatado las flores de mis cabellos para suspenderlas en su frente. ¡Oh Virgen santa! ¡Oh Jesús, mi dulce dueño! Don Rafael, mi hermoso caballero, ¿quién te traerá hasta mí? continuaba la joven alternando sus raptos de pasión con los raptos de sus ruegos.

La llanura se obscurecía; Gertrudis continuaba orando; luego la luna dejó caer desde lo alto del cielo sus rayos pálidos y serenos, sin que se diseñase la sombra de un ser viviente al lado de la sombra de las palmeras, proyectada sobre el terreno gris.

— Habrá sido prevenido á tiempo y no se habrá puesto en camino — dijo Marianita.

— Te equivocas, te equivocas — respondió Gertrudis retorciendo sus manos crispadas por la angustia. Lo conozco y juzgo su corazón por el mío : habrá desafiado el peligro por verme algunas horas antes.

Sabe el lector si el corazón engañaba á la joven criolla.

De repente, mientras la campana continuaba vibrando con fuerza, los lejanos murmullos que el mismo don Rafael había de oír bien pronto, se mezclaron con la fúnebre voz del bronce ; y súbitamente también, en medio del siniestro diálogo que sostenían las vibraciones temblorosas de la campana de alarma con el sordo rugido de las aguas desencadenadas, una claridad rojiza, débil al principio, disputó el terreno de la llanura á la blanca claridad de la luna.

Muy pronto después aquella claridad pareció palidecer ; chisporroteos parecidos á los del sarmiento que se inflama, llegaron hasta los oídos de las dos hermanas y el fulgor rojo reinó solo, dominando la superficie de la llanura y enviando sus reflejos de fuego hasta la cima de las palmeras.

Sobre la cresta de las colinas inmediatas á la hacienda y sobre las terrazas, acababan de encenderse grandes hogueras por orden de don Mariano, como faros que debían guiar á los errantes viajeros de la sabana hasta el puerto de salvación de su hospitalaria casa.

La vista y el oído se advertían á la vez para conocer el peligro y poderlo huir. Sombras gigantescas, las de los hombres encargados de mantener las hogueras, se proyectaban á lo lejos sobre el llano ; y estas siluetas inmensas, las rojizas claridades en que aparecían sumergidas, el rugido de las aguas que parecía querer sofocar los gritos de auxilio de la campana, llenaban de terror profundo el espíritu de ambas jóvenes.

Largos minutos transcurrieron así. La luna subía lentamente en el cielo y el murmullo lejano, el ruido sordo iba haciéndose más agudo al aproximarse, hasta semejar el estruendo de una tempestad. Algunos instantes más y

el agua de los ríos desbordados iría á depositar su espuma al pie del anfiteatro de la hacienda. Gertrudis interrumpió sus oraciones.

— ¡ Oh, Marianita ! — dijo — ya no puedes ver nada porque las aguas se aproximan y suben de minuto en minuto !

Marianita no contestó, pero sus miradas erraban por el horizonte, tratando de penetrar en las tinieblas lejanas, allá en la línea en que espiraba la claridad de las hogueras.

Un grito se escapó de su boca.

— ¡ Oh ! ; desgracia, desgracia ! — exclamó. ; Distingo dos caballeros ! Virgen Santa, haz que no sean sino sombras ! pero no : las sombras se hacen más distintas... ; Madre de Dios ! Sí, son dos caballeros... vuelan como el viento... pero, por de prisa que vayan, llegarán demasiado tarde !

Un clamor de angustia partió de las terrazas de la hacienda sobre las cuales se habían agrupado amos y criados. Era en realidad espectáculo conmovedor, el de la lucha desesperada de dos hombres contra la masa espantosa de las aguas cuyas ondas lejanas veían avanzar y de que ya distinguían los penachos de espuma empurpados por el fulgor de las hogueras.

Mientras tanto, otros á horcajadas sobre el caballete del muro, se habían provisto de largas cuerdas para arrojarlas á los náufragos en el momento oportuno. Las dos hermanas no podían ver desde la ventana de su cuarto estos preparativos de socorro.

Marianita, temblando con esa ávida curiosidad que nos obliga con frecuencia á nuestro pesar, á contemplar un espectáculo desgarrador, á las mujeres sobre todo, se colgaba con una especie de voluptuoso terror, á los barrotes de la ventana.

— Ven, Gertrudis — le gritó sin desprender los ojos, á pesar de los latidos de su corazón — ven á verlos. Si uno de ellos es don Rafael á quien no conozco, tus ojos lo distinguirán y tu voz le dará valor.

— ¡Oh no, no! No puedo... respondió la joven cuya frente inclinada barría humildemente el suelo á los pies de la madona... — No podría ver sin desmayarme ese espectáculo terrible. ¿Y quién rogaría entonces por don Rafael? ¡Es él! Me lo dice el corazón!

— Esos dos caballeros montan caballos negros como la noche — replicó Marianita — uno está firme en la silla como un centauro; pero es pequeño... ¡Ah! su vestido es de muletero; ya ves que no es don Rafael.

— ¡El otro! ¿Distingues al otro? dijo Gertrudis con voz tan débil que apenas se oía.

Marianita guardó silencio durante un minuto.

— El otro — respondió — tiene la cabeza más alta que el primero; está inclinado sobre el cuello de su caballo; no le veo la cara. ¡Ah! levanta la cabeza y está tan firme en su silla como el otro. Tiene un rostro orgulloso, y espesos bigotes y desde aquí, sus ojos parecen chispear bajo el galón de oro de su sombrero. El peligro no le intimida. ¡Ah! es un noble y bravo caballero!

— ¡Es él! dijo Gertrudis lanzando un grito penetrante que dominó el rugido de las olas.

Rápidamente se levantó obedeciendo á irresistible impulso como para lanzarse hacia la ventana para ver por última vez al que iba á morir; pero sus fuerzas traicionaron su voluntad; y cayó de rodillas en actitud suplicante.

— ¡Jesús! — gritó Marianita helada por el espanto — un salto de sus caballos y están salvados! ¡Ah! ya no hay tiempo — agregó con angustia — ¡Ya están aquí las aguas! ¡Virgen del paraíso! ¡Qué horrosas están con sus crestas de espuma roja y sus rugidos! ¡Ya golpean contra el muro! ¡Madre de Dios, protege á esos dos intrépidos! Se dan la mano... Hunden las espuelas en los ijares de sus caballos... Miran la muerte cara á cara... Hunden la frente altiva entre las aguas, como los caballeros que cargan al enemigo... ¿Oyes Gertrudis? Uno de ellos, el pequeño, eleva un cántico como los primeros cristianos delante de los leones en el circo romano!

Las dos hermanas oyeron en efecto una voz varonil que dominaba el tumulto de las aguas: « *In manus tuas, Domine, commendo animam meam...* »

— ¡Ya no los veo! — exclamó Marianita anhelante — las olas han cubierto caballos y caballeros!

Hubo un momento terrible de silencio en el cuarto que las aguas llenaban con sus mugidos.

De rodillas siempre, pero sin fuerzas para continuar su plegaria ardiente, Gertrudis hallábase postrada bajo la ola de sus cabellos esparcidos. La pobre joven no levantó la cabeza sino á la voz de Marianita que continuó:

— ¡Ah! los veo aún; reaparecen. ¡Dios mío! Ya no hay más que uno en su silla, es el grande! ¡Dios del cielo! ¡Qué vigoroso brazo le has dado! Se inclina sobre los arzones y coge al más pequeño por los vestidos... lo levanta como á un niño... lo coloca atravesado en su caballo... ¡Qué resoplido enorme se exhala de las narices del animal! pero parece tan poderoso como su dueño... el doble peso que lleva no le impide hender las aguas... ¡Gertrudis, Gertrudis! Las aguas serán vencidas por este hombre; ellas que arrancan de raíz los árboles del bosque! ¡Virgen Santa! ¿Dejarás perecer á un caballero tan fuerte y tan valiente?

— ¡Oh sí! Sólo él podría realizar este prodigio de fuerza y de valor! exclamó Gertrudis encontrando alientos en el raptó de orgullo apasionado que le inspiraban las palabras entusiastas de su joven hermana.

Su corazón volvió á hacerse pedazos cuando ésta continuó con voz llena de angustia:

— ¡Desgracia, desgracia! Avanza contra ellos un árbol enorme que voltigea y que golpeará al caballo y á los caballeros...

— ¡Arcángel que llevas su nombre, protégele! — dijo Gertrudis. ¡Virgen María! ¡aplaca la rabia de las aguas y doy mi cabellera por su vida!

Era la ofrenda más preciosa de que podía disponer y no vaciló en hacer el sacrificio que creía propicio para desarmar la cólera del cielo.

Cual si ese voto acabase de ser aceptado, Marianita, que no lo había oído, continuó después de una corta pausa :

— ¡Bendito sea Dios, Gertrudis! ¡Bendito sea el que puede convertir en instrumento de salvación un instrumento de perdición! Diez lazos han aprisionado al mismo tiempo las raíces y las ramas del árbol; está como una almadía flotante y nada puede ya contra él, el furor de las aguas. El guapo caballero podría agarrarse á su tronco; pero no quiere abandonar ni al noble animal cuyo vigor le salvó ni al hombre á quien tiende los brazos. El torrente ruge á su alrededor; sus olas le cubren la cabeza... no suelta la presa...

— ¡Acaba, Marianita, ó me muero! — murmuró Gertrudis.

— Se nublan mis ojos — contestó aquella — parece que las aguas lanzan olas de fuego... Está orgullosa del que amas, Gertrudis, el noble caballero ya nada tiene que temer... ¡Escucha esos gritos de triunfo! Todos se han salvado: los caballeros y el caballo que montan.

Una aclamación de alegría que llenó los ámbitos de la hacienda, hizo explosión al mismo tiempo sobre las terrazas y á lo largo de la muralla confirmando las palabras de Marianita.

Las dos hermanas se abrazaron estrechamente por un instante: luego Marianita reuniendo en su mano un haz de los largos y sedosos cabellos de Gertrudis y acercándolo tiernamente contra sus labios:

— ¡Oh! dijo — lanzando un suspiro de dolor — tus pobres hermosos cabellos que valen un reino!

— ¿No ves tú — replicó Gertrudis — que por lo menos será él quien los corte de mi cabeza?

CAPÍTULO VI

DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA

A un cuarto de legua en los alrededores de la cascada de que se ha hablado, se levantaba, como es frecuente en México, una pequeña colina cuya cumbre, sea por un capricho de la naturaleza, sea más probablemente por la mano del hombre, hallábase aplanada y nivelada.

Los anticuarios de la provincia pretendían que el *cerro de la Mesa* era un pedestal en que en otros tiempos se había erigido un templo á alguna divinidad zapoteca.

Por esta razón era sin duda que Costal tan fiel á los recuerdos como al culto de sus padres, por muy cristiano que fuese, había hecho de este lugar elevado, una de sus citas de cacería.

Se había construido allí una cabaña al estilo nacional; es decir: que sus paredes consistían en doble enrejado de cañas revestidas de barro por la parte interior.

El techo, muy inclinado para facilitar el deslizamiento de las aguas pluviales, hallábase cubierto por largas cepas que constituyen el tronco del bananero, dispuestas en canales al modo de tejas romanas.

En sus incesantes cacerías de jaguares, que son tan numerosos en Oaxaca que cada hacendero emplea uno ó dos tigreros para destruirlos y proteger las crías del